

CONTRA LOS JEFES,
CONTRA LAS OLIGARQUÍAS

RICHARD RORTY

CONTRA LOS JEFES,
CONTRA LAS OLIGARQUÍAS

CONVERSACIONES CON
DEREK NYSTROM Y KENT PUCKETT

Traducción de Antonio López

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
Against Bosses, Against Oligarchies

© Prickly Paradigm Press, LLC, 1998
© de la traducción, Antonio López
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: noviembre de 2019

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-949992-2-2
Depósito legal: C-1716-2019

ÍNDICE

PRÓLOGO, POR DEREK NYSTROM Y KENT PUCKETT	9
CONTRA LOS JEFES, CONTRA LAS OLIGARQUÍAS	31
1. Hacia una nueva vieja izquierda	33
2. La nueva izquierda como una izquierda cultural	49
3. La política de la diferencia	65
4. La izquierda cultural y la política contemporánea	79
5. Lo internacional	105
6. Los márgenes de la filosofía	111
7. Los fundamentos del antifundacionalismo	121
8. El <i>affaire</i> Sokal	125
9. Lo público y lo privado	129
BIBLIOGRAFÍA	137
ÍNDICE ONOMÁSTICO	145

PRÓLOGO

Entrevistamos a Richard Rorty a lo largo de cuatro horas durante un fin de semana en Charlottesville, Virginia. A nuestro juicio, la entrevista no solo aparece en el momento oportuno, puesto que sigue de cerca algunas publicaciones recientes de Rorty, sino que además capta la faceta más enérgica del autor.

Es bien conocido que su trabajo se caracteriza por el tono afable y comedido, y nuestra discusión no deja de ser constructiva. Sin embargo, aparece en estas páginas un Rorty combativo que quizá les resulte familiar a aquellos que le han visto debatir, pero que será novedoso para quienes solo le conocen por sus publicaciones.

La conversación que sigue aborda diversos asuntos —la trayectoria intelectual de Rorty, los efectos de la globalización, la labor académica—, aunque su motivación principal es la reciente publicación de *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados*

*Unidos del siglo XX.*¹ Dicha obra, adaptación de las *Conferencias Massey* que el autor pronunció en la Universidad de Harvard en 1997, se centra en la vida y la salud de la izquierda estadounidense. Por supuesto, esa izquierda no es en absoluto una entidad simple o única, y el libro de Rorty —que es en parte historia, en parte diagnóstico y en parte prescripción— se esfuerza por comprenderla tanto en términos de la visión patriótica, whitmaniana, que según el autor la determinó y consolidó en sus inicios, como en términos de los contextos particulares (la guerra de Vietnam, el Watergate, etc.) que parecen haber conducido a que partes de esa izquierda encuentren «absurdo que los americanos sigan sintiéndose orgullosos de su país».

Rorty comienza *Forjar nuestro país* (cuyo título, de forma significativa, proviene de la última línea de *La próxima vez, el fuego*, de James Baldwin) dando cuenta de las fuentes de su propio izquierdismo, una posición política que permite, y de hecho exige, el sentimiento del orgullo nacional. Así, el autor sostiene que «el orgullo nacional es para un país lo que el amor propio es para los individuos: una condición necesaria para la automejora». Sin patriotismo, resulta imposible una polí-

1. Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1998.

tica progresista, efectiva y apoyada por la mayoría; según el autor, es la ausencia de ese patriotismo lo que ha conducido a que la política izquierdista se encuentre debilitada y sin rumbo. Con esta crisis en mente, Rorty se plantea en el libro una serie de cuestiones básicas: ¿qué fue la izquierda y cuáles son sus fuentes? ¿En qué situación se encuentra hoy? ¿Cómo puede lograr una dignidad patriótica que posibilite que el izquierdismo vuelva a ser mayoritario?

La respuesta de Rorty a la primera pregunta se centra en dos figuras: Walt Whitman y John Dewey. Estos pensadores contribuyeron enormemente a configurar «la retórica cuasicomunitaria [...] que se halla en el corazón del movimiento progresista de las décadas de 1890 a 1920 y del *New Deal*»; para Rorty, ambos autores ofrecen un medio para pensar los Estados Unidos y la democracia de un modo en que uno retiene el patriotismo sin perder el sentido de la justicia y la necesaria indignación frente a la injusticia:

Tanto Dewey como Whitman contemplaron los Estados Unidos como una oportunidad para otorgar la máxima importancia a un proyecto finito, humano e histórico, en lugar de asignar dicha importancia a algo eterno y no humano.

En otras palabras, la verdadera promesa secular de América fue lo suficientemente grande, diversa y potente como para rebasar el carácter específico de sus debilidades o sus errores. Eso no quiere decir que América sea incapaz de hacer algo mal, o que uno deba ignorar las malas acciones llevadas a cabo en nombre de los Estados Unidos; al contrario, el deber de un patriotismo de carácter progresista consiste en garantizar la protección y el mantenimiento de la «rica diversidad» y la promesa original de esa América.

Rorty argumenta que, frente al patriota whitmaniano que actúa en nombre del potencial de América, se alza el izquierdista espectador, un pesimista cultural que considera que los fundamentos mismos de la democracia liberal son cómplices de una conspiración más amplia y ligeramente sombría contra los que no tienen poder. Una vez que esta figura ha abandonado toda esperanza en la promesa mayor, en este caso la promesa de América, se convierte en un espectador pasivo y cínico, en un crítico deliberadamente marginal que sonrío con desprecio, sin ofrecer ninguna sugerencia, y que ni abriga ningún principio ni puede realmente practicar la política. Este izquierdista aparece en varios contextos a lo largo de *Forjar nuestro país*, pero se asocia fundamentalmente con la nueva izquierda que, según Rorty, en los años sesenta dio la espalda a la vieja izquierda y se

enfrentó a los Estados Unidos. La orientación política de Rorty se forjó a partir de la afinidad de su familia y de los amigos de esta con el *New Deal*, así como a partir del trabajo antiestalinista de los denominados intelectuales de Nueva York:

Cuando era adolescente, creía en todas y cada una de las palabras antiestalinistas que Sidney Hook y Lionel Trilling publicaban en *Partisan Review* —en parte quizás porque ellos me habían mecido en sus brazos cuando yo era un bebé.²

El viejo izquierdista del que habla Rorty (Irving Howe es un ejemplo) era un intelectual público apasionadamente comprometido con la política de clases, alguien que publicaba artículos en revistas como *Commentary* y *Partisan Review* y que podía «practicar un ferviente anticomunismo y ser al mismo tiempo un buen izquierdista». En cambio, la nueva izquierda (pensemos en los estudiantes que se manifestaban contra la guerra de Vietnam, los *Black Panthers*, Tom Hayden y Abbie Hoffman) pensó que el odio irracional que la vieja izquierda mostraba hacia el comunismo había suscrito el conflicto de Vietnam y había permitido los

2. *Ibid.*, p. 61.

peores excesos de la Guerra Fría. Rorty está de acuerdo en que la nueva izquierda hizo lo que la vieja tal vez no podría haber hecho («paró la guerra de Vietnam»), pero piensa que la permanente desavenencia entre lo que queda de la vieja izquierda y la nueva hace que, en los Estados Unidos, resulte difícil, cuando no imposible, cualquier política progresista que cuente con un apoyo mayoritario.

En lo tocante al presente, Rorty critica a la izquierda cultural, a los «herederos de la nueva izquierda» que «se especializan en lo que ellos llaman la “política de la diferencia”, o de la “identidad”, o del “reconocimiento”». Según el autor, esa izquierda alberga el mismo desdén por los Estados Unidos que caracterizaba a la nueva izquierda, y además se centra en el «estigma»³ social o cultural desatendiendo la cuestión de la clase y el dinero o los enfoques políticos que buscan actuar desde arriba hacia abajo —preocupaciones estas últimas que caracterizaban a la política progresista de la vieja izquierda preconizada por Rorty—. Se trata de intelectuales del entorno académico (Rorty puede nombrar, por ejemplo, a Andrew Ross o a Fredric Jameson)

3. En el sentido que les confiere Goffman, los estigmas son marcas o desventajas que, lejos de tener cualidades esenciales propias, actúan como puntos de relación contra los cuales la sociedad define lo *normal*.

cuyo «anhelo de una revolución total» y cuya creencia en la profunda corrupción de la tradición occidental hacen que toda política reformista resulte sospechosa en el terreno de la teoría e imposible en el de la práctica. Rorty reconoce que esta izquierda cultural ha reducido la cantidad de sadismo y de crueldad experimentada por los menos poderosos, y que «ha hecho de América una sociedad mucho más civilizada de lo que era hace treinta años», pero, al mismo tiempo, el autor considera que la incapacidad para abordar de manera práctica las cuestiones de clase y del trabajo ha apartado a la izquierda de esas áreas en las que la acción política podría resultar más beneficiosa. En otras palabras, cuando los casos específicos de injusticia económica y de prácticas laborales injustas son reemplazados por conceptos totalizadores como «capitalismo tardío» e «ideología», el resultado es que los miembros de la izquierda cultural se encuentran a sí mismos en una situación de impotencia total, pero, al mismo tiempo, se sienten cómodos en la creencia de que ellos, al menos, saben cómo son las cosas:

Los teóricos de la izquierda piensan que, para subvertir el orden establecido, resulta de enorme ayuda diluir a los agentes políticos en ciertos juegos de subjetividad diferencial, o bien disolver las iniciativas políticas

en una búsqueda del imposible objeto de deseo lacaniano.⁴

Rorty cree que se equivocan y, en última instancia, recomienda que se supere la separación entre la nueva y la vieja izquierda —una grieta que se basa en conflictos que tienen décadas de antigüedad— y que la izquierda cultural, que hasta ahora se ha mantenido como espectadora, regrese a los complicados y contingentes asuntos de la política progresista. De hecho, argumenta el autor, el buen trabajo moral realizado por la izquierda cultural —un trabajo que ha logrado mejorar y hacer más humanas las vidas de los menos poderosos— podría echarse a perder debido a la incapacidad de dicha izquierda para desafiar la permanente y en gran parte exitosa embestida económica de la derecha. Rorty advierte de que, mientras la izquierda ha trabajado —intencionalmente, según parece— para imaginarse a sí misma como parte de una minoría, la derecha, sin oposición alguna, ha capturado y cautivado a la mayoría. Si la izquierda reformista quiere desempeñar algún papel en la forja de América, no basta con observar la política; es necesario practicarla, y hacerlo de forma progresista.

4. *Ibid.*, p. 93.